



Guerra y Caballería, una historia singular

José Enrique Ruiz-Domènec¹

En su espléndido libro sobre la guerra en la Edad Media, Philippe Contamine definía hace unos años los rasgos principales de esta actividad social y cultural, resultado al cabo de la situación histórica por la que pasó Europa desde la caída del Imperio Romano hasta el Renacimiento. La inseguridad convirtió la guerra en una forma de vida, primero apoyándose en los propietarios agrícolas preocupados por defender sus tierras y sus familias, luego mediante la extensión de las prácticas de la caballería, con su universo festivo, mitad sagrado, mitad profano, y su afición a mirarse en el espejo de las grandes epopeyas o en las novelas de ambiente bretón; finalmente, con la presencia de una infantería de carácter profesional compuesta por ballesteros, arqueros y piqueros.

Las transformaciones en el armamento acompañaron constantemente al hombre de armas desde el comienzo mismo de la Edad Media. La figura del herrero (que Mircea Eliade considera como la esencia del saber en una época arcaica) se adueñó de la sociedad europea para escudriñar las posibilidades del desarrollo de la metalurgia y construir de ese modo espadas largas y afiladas, hachas de hoja grande, larga y delgada (“hachas danesas”), puntas de lanza, cotas de malla de anillos entrelazados; es decir, una serie de arneses cuya perfecta coordinación creó la figura definitiva del hombre de armas de la época. En ese contexto comprendo y en cierto modo comparto la obstinación con la que Lynn White Jr. repetía que el estribo, esa invención sármata (o al menos de algún pueblo de las estepas), aseguraba “un apoyo lateral además del apoyo frontal y posterior ofrecido por la perilla y el fuste de la silla, soldando eficazmente a caballo y jinete en una unidad de combate capaz de desarrollar una violencia sin precedentes.

¹ Universidad Autónoma de Barcelona. Institut d’Estudis Medievals. Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. E-mail: joseenrique.ruiz.domenec@uab.es.

La mano del hombre ya no asestaba el golpe: simplemente lo guiaba”. La guerra que no utilizaba esas invenciones hasta entonces desconocidas, o poco apreciadas, era inmoral. Las normas de la caballería fueron la única moral de la guerra durante siglos.

Y añadido además lo siguiente: la figura del caballero es obra de la Europa medieval; sus hallazgos, aunque anticipados por los jinetes macedónicos armados de *sarisas* o los *cataphractarii* persas de la época sasánida, pertenecen a Europa en su conjunto, y no solamente a la revolución promovida por la familia de los carolingios para desarrollar las expediciones de Carlomagno y sus sucesores en las Marcas, cuya expresión más acabada podemos encontrar en algunos poemas latinos como el de Ermoldo *el Negro* centrado en la conquista de Barcelona por Luís *el Piadoso*; pero también en el *Waltarius* y otros del mismo sentido. Por todo ello es lícito afirmar que la emergencia del caballero perfectamente pertrechado, con cota de mallas y casco cónico con nasal y gruesa lanza de fresno, hace la historia de la Europa medieval. Sólo en ese contexto supranacional puede el valor de la guerra y de la caballería a ella vinculada ser plenamente visto y comprendido.

El *Tapiz de Bayeux* (bordado por orden de la duquesa Matilde para conmemorar la batalla de Hastings, en la que Guillermo de Normandía, venció a las tropas del príncipe Harold) describe uno de los aspectos más llamativos de la guerra medieval: la guerra de conquista, ambiciosa, con dudas sobre su legitimidad, de los que planean la creación de un Reino, por un lado, contra los que lo habitan, por otro: la guerra de la caballería contra los propietarios de tierras; la violencia de unos guerreros profesionales que al planificar su forma de vida aseguran la infelicidad de la gente de su alrededor, a la que a menudo maltratan, frente a aquellos que intentan vivir de acuerdo con las normas de derecho público, y lo consiguen gracias al apoyo de las asambleas episcopales que proponen la paz y la tregua de Dios.

La lucha entre los profesionales de la guerra y los campesinos no era nuevo; siempre había existido. Pero la conciencia del hecho había cambiado por completo, debido al silente conflicto que enfrentaba a la nobleza feudal con la iglesia. A pesar de las simpatías que nos merezcan los intentos de canalizar la violencia de los guerreros, no podemos ser conscientes de los problemas de la sociedad medieval excepto en términos de nuestras propias dificultades. Por eso mismo se habla a menudo de los “señores de la guerra” en esos siglos en

consonancia con lo que vemos en el día de hoy en algunas zonas “calientes” del globo.

No obstante, el mismo acto de imponer la paz, la sabotea. Cuando un imperio entra en disolución, por ejemplo lo que le ocurrió al imperio de Otón III a principios del siglo XI, se desatan las luchas entre las elites locales rivales por el control de las bandas de guerreros. La guerra feudal apareció de pronto en su dudosa ambigüedad; la autoridad imperial, simbolizada en el cetro y la bola del mundo, se sustituyó en cientos, quizás miles, de autoridades locales, señores (*domini*) de feudos que encontraron en la representación de Cristo majestad una imagen adaptada a sus anhelos de poder. De ese modo se fortaleció la sociedad feudal y con ella la imagen del mundo y el modelo cultural de la caballería.

Comprender con los *Cantares de Gesta* del siglo XII, comenzando por la *Chanson de Roland*, la figura del guerrero a caballo como el fundamento de toda la sociedad europea de esos tiempos, situándolo frente al universo creador, es una actitud que Erich Köhler, siguiendo a Hegel, consideró heroica. En efecto, el vacío de poder surgido en la Vieja Europa a comienzos del siglo XI (un vacío que no logró impedir las proclamas ideológicas de los obispos Adalberón de Laón y Gerardo de Cambrai con su exigencia de una sociedad perfecta dividida en tres órdenes, *oratores*, *bellatores* y *laboratores*) estuvo a punto de provocar una anárquica edad de las tinieblas de no ser por la eficacia política del homenaje y del vasallaje a la hora de integrar a las bandas de guerreros en el interior de las familias de la nobleza. El intercambio matrimonial fue un magnífico aliado de estas prácticas jurídico-políticas hasta el punto que son complementarias entre sí: “le système symbolique de la vassalité a pour modèle de référence un modèle de parenté” dijo Jacques Le Goff en Spoleto en 1975.

Comprender con Chrétien de Troyes, el mundo de los caballeros en busca de una esposa, tener que afrontar los fantasmas familiares de las casas nobles europeas, a través de unos personajes de ficción (Lancelot, Yvain, Gauvain, Erec, Cligés) y a través de enigmáticas alegorías como la del Grial exige una fuerza imaginativa verdaderamente notable. ¿Qué quieren decir las grandes novelas de Chrétien, incluida la última sobre Perceval? Hay una abundante bibliografía al respecto. Algunos quieren ver en esas novelas una proclama a favor de la dinastía de los Plantagenet en su lucha política con los reyes

Capetos de Francia, en especial el enfrentamiento entre Enrique II y Luís VII sobre la hegemonía cultural en Europa. Otros ven la recuperación del mundo céltico, con sus hadas en el bosque, sus ensueños maravillosos, sus enrevesados mensajes de una cultura que se defiende a la cristianización. Ambas posturas comparten la misma idea, de que estas novelas nacieron con una intención concreta, imbuidas de una moral política, que permitió que los Plantagenet construyesen un imperio a ambos lados del Canal de la Mancha, entre la Gran y la Pequeña Bretaña.

Chrétien, en sus novelas, ofrece una panoplia completa del espíritu de la caballería. Las dificultades de los personajes en un mundo dividido en civilizaciones desconectadas e introvertidas son patentes y significan que es imposible organizar la sociedad sin una autoridad hegemónica. De ahí surge el mito del rey Arturo y la Tabla Redonda. Propone un mundo en el cual sea posible distinguir con claridad el bien del mal porque en él existe el deseo, innato e indomable, de la justicia por encima incluso de las leyes injustas o de las convenciones sociales.

En ese deseo se funda el gran ideal europeo de la aventura caballeresca. La receta de Chrétien es bastante simple, aunque de difícil aplicación: habla de la transformación de la estructura política por medio de lentas transformaciones sociales, comenzando por concederle un lugar en el organigrama del poder a los jóvenes, es decir, a los hombres célibes de la nobleza, carentes de recursos y propensos a la violencia. Es una visión utópica, en la cual los cambios políticos son precedidos por cambios sociales; es por tanto una visión basada en la recuperación del naturalismo a través de la práctica educativa fomentada por la *translatio studii*.

La sociedad europea a partir de entonces se modela a sí misma ya que está integrada por seres humanos individuales con voluntad propia. Todas las reglas de comportamiento son el resultado de un equilibrio político. Este enfoque es el mismo que adoptó Juan de Salisbury en el *Polycraticus*, creador del estudio de la política como arma superior para frenar la violencia. Esos puntos de vista conjuntados abordan uno de los grandes retos de la sociedad europea en la segunda mitad del siglo XII, el papel de la guerra y la caballería en la construcción del Estado dinástico. Chrétien es consciente de ello y por esta razón busca con avidez contextos históricos, sociales, culturales,

individuales que sostengan su visión de la caballería como la imagen cortesana del mundo.

La ironía es una de sus principales armas en esta búsqueda. Nos recuerda el hecho de que las prácticas de la caballería, bajo la monarquía Plantagenet, eran aún patrimonio de la aristocracia, sin que las nuevas clases de la burguesía estuvieran de momento interesadas en ellas. Europa era esencialmente un mundo de guerreros y campesinos; su mentalidad nobiliaria estaba intacta y constituía para decirlo con Otto Brunner el fundamento de su civilización. Después de la batalla de Bouvines el 27 de julio de 1214 fue, irónicamente, el liderazgo de las elites urbanas en su mayoría de extracción burguesa el que desencadenaría el ímpetu de conquista territorial, algo que ni los Plantagenet ni sus adversarios Capetos esperaban.

El que esto sucediera, se relaciona estrechamente con la aparición del mundo de horizontes abiertos promovido por la actividad mercantil en las ciudades del Mediterráneo y del Báltico. Durante varios siglos, la guerra de los caballeros pudo funcionar con relativa autonomía en relación con las tendencias de fondo impulsadas por la economía de mercado; pero poco a poco se fue contaminando de sus exigencias y de sus ideales. Esta transferencia se percibió en las acciones que Jaime I llevó a cabo para la conquista de los Reinos musulmanes de Valencia y Denia. El esfuerzo bélico fue sostenido por la caballería, pero los recursos los obtuvo de las clases adineradas de la ciudad de Barcelona, interesadas desde hacía décadas en el desarrollo de la actividad comercial.

La guerra caballeresca cobra una dimensión estética en el siglo XIV con las campañas de los ingleses dentro del contexto de la llamada Guerra de los Cien Años, sostenida por los banqueros italianos, en algunos casos, como el de los Frescobaldi de Siena, hasta la ruina. Un hombre como Eduardo de Gales, al que desde el siglo XVI acostumbramos a llamar el Príncipe Negro, vive en una sociedad en la que hay límites a la actividad guerrera y límites a la promoción. Pero se muestra reacio a aceptar las condiciones que los nuevos tiempos imponen al ejercicio de las armas y postula el enaltecimiento de alguno de sus capitanes como el fue el caso de John Chandos, al que le dedicó un emotivo elogio Chandos Herald cuando redactó, en francés, *La vie et des faitz d'armes d'un tres nobles prince de Gales et d'Aquitaine qu'avoit a noun Edgard, eigné filtz au roi Edgard tierce queux Dieux assoille*.

Por razones similares, aunque paradójicas habida cuenta de su carácter, el cronista Jean Froissart describe la necesidad de utilizar la caballería para imponer el orden alterado por la *pestilance* social de su tiempo (léase, las revueltas campesinas en tiempos de Ricardo II). Froissart se muestra duro y sagaz al afirmar que esos conflictos son una declaración de guerra a la Corona y por eso motivo se deben utilizar a sus legítimos defensores, es decir, a los caballeros.

No quiere esto decir que aplauda el papel de las compañías de mercenarios que se contrataron mediante acuerdos puntuales, *condotta*, y que dieron lugar al clásico condotiero de finales del siglo XIV, actuando en España o Italia en apoyo de una causa que no era la suya, sino la de sus intereses. Sencillamente, advierte que hay un parecido entre los caballeros que acuden raudos a ayudar al rey frente a las revueltas sociales y los condotieros, en su forma de proceder, y en los modernos arneses, en particular en el uso de la armadura de placas articuladas, llamada milanesa o blanca, coronada con bacinetes que llevan viseras de “cara de cerdo”, “cara de perro” o “boca de rana”.

A través de estos nuevos caballeros, sin embargo derrotados en la cruel campaña que terminó en el desastre de Nicópolis, la sociedad europea vuelve a recuperar el placer por las justas y los torneos. Podemos pensar que se trata del canto del cisne de una práctica que llega a su “otoño” como pensó Johan Huizinga, o a su *Indian Summer* del que habló Arthur Ferguson, pero, aún así, esos caballeros existieron, fueron reales, volvieron a convertirse en tema de una prodigiosa literatura, que tiene sus más egregios representantes en Antoine de la Sale, Pulci, Boiardo, Malory, Martorell e incluso Rodríguez Montalvo y Ariosto.

Todos estos grandes narradores de “empresas caballerescas” intentan ordenar el mundo en sus ficciones para legitimar la modernidad en ciernes. Las novelas de esos años (c. 1420-c-1520) nos ayudan a comprender mejor las grandes mutaciones de su tiempo, o al menos a asumirlas mejor, y con ello a comprender el mundo vital europeo. De otro lado, no puede sorprendernos que los dos fetiches de la existencia europea de entonces sean el *revival* de las prácticas caballerescas en la guerra y el desarrollo de una fantasía masculina vinculada a las justas y los torneos.

El capitalismo mundializado gracias al desarrollo del crédito y otras formas avanzadas de especulación financiera, la práctica generalización de los viajes por el Atlántico sur en busca de espacios exóticos, el imperio de las cosas, eran indicadores de un cambio profundo en las maneras de construir la civilización, para decirlo al modo de Norbert Elias. A la vez, se advierte señales de resistencia a los cambios, e incluso imposibles reclamos de regreso a pasados de soñada pureza, el más famoso de los cuales (al menos en lengua castellana) fue el de Jorge Manrique con sus famosas *Coplas*. En ellas, la condición contradictoria tan evidente en la sociedad europea en la segunda mitad del siglo XV, se convierte en un anhelante deseo de nostalgia de lo que se cree haber sido desde lo que verdaderamente habían llegado a ser, una pugna entre el permanecer y el transformarse, en cuya acertada conjugación debemos situar los nuevos modos de entender la guerra y la caballería.

En esa pugna entran componentes que tienen que ver con la memoria literaria de la caballería y por tanto con el sueño y el mito. Eso es al menos lo que se percibe en la actitud de un hombre como Carlos el Temerario cabalgando por los campos cercanos a Nancy para situar el universo de la caballería en el centro de su guerra contra el rey de Francia; o en las decisiones de decenas de caballeros que se dirigieron a la frontera entre Castilla y Granada para recobrar la ilusión de la aventura en las campañas de los Reyes Católicos contra el reino nazarí. El hecho cobra una dimensión política desde el momento que uno de los jóvenes que vivieron en ese *revival* se convertirá con el paso de los años en la figura clave de la guerra moderna.

Me refiero a Gonzalo Fernández de Córdoba, llamado con justicia el Gran Capitán. Fue él quien comprendió la necesidad de articular un nuevo orden para la guerra, donde la infantería, la caballería ligera y la caballería pesada encontraron el equilibrio que se había roto gracias a la aparición de la artillería de campañas, los piquetes de lansquenets suizos y la formaciones cerradas. Fue el primero, y el más grande, en comprender que la guerra también en el mundo moderno sería una forma de vida. La Edad Media había acabado, pero no así esa historia singular que significó entender que la guerra formaba parte de las pasiones más entrañables, más propias de los hombres. Una realidad que tememos porque la desconocemos.

En ese círculo de experiencias y temores, que tanto tiene que ver con el malestar de la cultura del que hablaba Freud, los territorios de la recién descubierta América para los europeos dio más alimento a la afición de convertir la guerra en una forma de vida. En la lectura de las historias de la Conquista de México, pensemos en Bernal Díez del Castillo, podemos conocer a fondo la emergencia de ese nuevo tipo social que conocemos como el conquistador, mitad guerrero de frontera, mitad caballero de los viejos relatos novelescos (resulta notable la presencia del Amadís en la configuración de su imaginario), que constituye el centro de la terrible tragedia que significó su presencia en medio de los conflictos tribales en las sociales amerindias. De manera que México, como espacio señalado por una geografía contradictoria, de costas calidas e impenetrables, valles verdes y campos resacos por la actividad volcánica, de montañas abruptas y extensos páramos, constituye la geografía de la aventura caballeresca, incluso en casos extremos como le ocurrió a Cabeza de Vaca, cuyo viaje al norte de Río Grande fue tema de una famosa *Relación* en primera persona escrita por él mismo y publicada por primera vez en 1542, seis años después de la finalización de su viaje.

Vivir una situación límite confiere a su testimonio ese gusto por lo inquietante, por eso que se agazapa al borde de lo real, que algunos integran en el territorio de lo fantástico, y otros lo convierten en una meditación sobre “las maravillosas posesiones” situadas al otro lado del Atlántico. El exotismo y la utopía; no hace falta leer a Montaigne (o la versión que de sus ideas ofreció Shakespeare en *La Tempestad*) para determinar que ese viaje en el espacio exterior se ha convertido en el vehículo perfecto para volver a comprender la estrecha relación entre la guerra y la caballería. Tal preocupación entre la sociedad de los conquistadores produjo al cabo un efecto paradójico. La presencia de Don Quijote como testigo de los continuos cambios en la actitud, en el sentimiento, en la conducta de los caballeros ante el mundo, y por añadidura ante el hecho de las armas, ante la guerra.